

y en caso de que fuera cierta la noticia de la muerte de Fernando, como se lo había dicho su fiel criado Pablo, resuelto á unirse á ella para siempre, poniendo así fin á los padecimientos que ambos por tan largo tiempo habían sufrido.

Halagado con la risueña esperanza de un venturoso porvenir, Miguel avanzaba hácia el teatro de la guerra, con el corazón conmovido con la idea de la realización de su ventura.

La imagen de Luisa, las bellas ilusiones de su primer amor, volvieron á ocupar todo su pensamiento, á dominar entera su alma.

—Si es cierto—se decia—que ha perecido el hombre que me arrebató su mano, ella es ya libre para devolverme la felicidad prometida con sus juramentos de amor...

—¡Y María!...—pensó despues.—¡Pobre prima mía!... la sentida lectura de su diario ha despertado tan dulces y extraños sentimientos en mí, que casi me alegraría de que saliese falsa la muerte de Fernando...

Y Miguel quedó triste con este pensamiento. Amaba á Luisa con todas las veras

## CAPITULO X.

### Sucesos varios.

En cuanto el ex-presidente y general D. Vicente Guerrero, á quien declaró el congreso el 4 de Febrero de 1830 con imposibilidad de gobernar, se presentó en el Estado del Sur acompañado de Rossi y de algunos que no le abandonaron en la desgracia, todo el país, conocido por *tierra caliente*, se sublevó y se dispuso á combatir contra Armijo, que avanzaba seguro de terminar con los enemigos del gobierno.

Miguel, contento de internarse en el país en que sabia se hallaba Luisa, desde el fatal acontecimiento del rapto de su hijo, marchaba con la esperanza de encontrarla,

de un corazón enamorado, y sin embargo, casi sentía renunciar al tierno y oculto cariño, tan sencilla y dulcemente expresado por María en las cortas páginas de su triste diario, confidente único de su íntima y pura pasión.

Pero mientras Miguel, entregado á sus profundas meditaciones, caminaba al encuentro del enemigo, detengámonos á dar á conocer el país adonde van á tener lugar algunas escenas de nuestra historia, para que á la vez que adquiere el lector conocimiento de aquella provincia en que hace poco se perpetraron los asesinatos contra algunos españoles, asesinatos que dieron por resultado las diferencias que el gobierno español tuvo con el de México, aprecie en su justo valor los acontecimientos de esta historia.

Puede asegurarse que una de las provincias en donde no ha penetrado aun el examen analítico del estudioso observador, es el Sur, rico Estado del suelo mexicano, donde la Providencia, á la vez que derramó exuberantemente los ricos dones de una

vegetación vigorosa, pródiga en producciones de toda especie, vertió también, en compensación, males sin número, que solo pueden calcularse por el que, recorriendo sus fértiles montañas cortadas de torrentes, ríos y cascadas que cruzan en todas direcciones, contempla el poco provecho que de tesoros tan inapreciables han sacado los habitantes de esa provincia conocida por todos con el nombre de *Tierra caliente*, y de algunos con el de *Estado de Guerrero*. Estos males que de enunciar acabo, y cuya fuerza se hace mas sensible y marcada cuanto mayor es la suma superabundante de los bienes, son, el clima mortífero, cuyos estragos han sentido muy de cerca los españoles, cuando aun adornaba aquel rico diamante la esplendente corona de los reyes de Castilla, los innumerables reptiles ponzoñosos que por todas partes brotó la tierra, y la temible fiebre amarilla que se ceba sangrientamente en los que no han nacido bajo aquel clima abrasador.

La *Tierra caliente*, provincia del Sur, ó *Estado de Guerrero*, pues con los tres nom-

bres se designa el punto que nos ocupa, es un oasis y un desierto, pues participa de la atractiva belleza del primero, y de la triste soledad que marca el aspecto del segundo; es el molde en que la Providencia vació las felicidades y las desdichas de la tierra que, fundidas y amalgamadas, cuanto mas parece pugnan entre sí como cuerpos contrarios para separarse, mas se unen y se identifican, arrastradas por una fuerza superior que las dirige; de esta suerte, proporcionando al hombre todos los bienes materiales que codicia, le recuerda, en sus padecimientos, que no le es dado volver á encontrar en la tierra el Eden perdido.

Allí se ostenta abundante la *cochinilla* ó grana, ese insecto colorante que se cria adherido á la planta llamada *nopal*, de la cual vive, y que con tanta profusion han enviado á Europa: allí el vistoso y cándido algodón, la rica vainilla, las abundantes minas de oro y plata, los rios que en sus transparentes linfas arrastran metales tan ricos como los que han engrandecido la California; las exquisitas frutas de delicado gusto que

no encuentran competidoras en el mundo: sobre todo, la caña de azúcar que hermo sea los inmensos terrenos de las haciendas, y que rinden al año, solo en aquella provincia, cerca de cuatro millones de arrobas de azúcar, que se consume en los demas Estados de la nacion: allí los espesos bosques regados por caudalosos rios, y las feraces y vírgenes montañas brindando al hombre los inagotables tesoros de la naturaleza. Pero allí tambien la venenosa tarántula, el ponzoñoso alacrán que invade hasta las sábanas de la cama; el repugnante cientopíes y la imperceptible *nigua* que se halla extendida en toda la superficie del Estado, penetra en los piés del pasajero, é introduciéndose entre la piel y la carne, pone en ella sus huevos y se reproduce de una manera desgraciadamente prodigiosa, que deja sin accion al incauto que no ha tomado todas las precauciones necesarias para conjurar el mal.

Esta parte que encierra en su seno con igual fuerza lo bueno y lo malo, lo agradable y lo tormentoso, la vida y la muerte, es

una provincia excepcional de las muchas que forman aquel hermoso país conquistado por Hernan Cortés en una época en que el leon de España se ostentaba como dominador y rey del órbe entero. El Sur, en donde como hemos visto, se preparaban á la lucha los partidarios de Guerrero, capitaneados por Rossi y otros muchos que le habian seguido, es la region inaccesible á todo gobierno: region adonde se refugian los descontentos, donde se encuentran los elementos sediciosos que, agitados por las intolerantes pasiones de partidos, causan una conflagracion general que abrasa por sus cimientos el edificio aun vacilante levantado por los gobernantes. De aquí la condescendencia forzosa de todos los gobiernos con esa provincia defendida por la naturaleza mortífera de su clima, que diezma los ejércitos, siendo sus habitantes la pesadilla de los que están encargados de regir los destinos de la patria.

Los gobernantes españoles, cuando aquella hermosa region pertenecia á España, solicitaron de los vireyes, se crease en esta

provincia el obispado de Chiapa, para que los dignos sacerdotes extendieran la doctrina del Crucificado, convencidos de que, la base fundamental de toda civilizacion, está comprendida en el divino Evangelio. Pero el clima insalubre por una parte, y por otra, las penosas distancias que era preciso atravesar para pasar de un pueblo á otro, impidieron que la semilla civilizadora fructificara con la fuerza y fecundidad que hubiera sido de desear. Estos mismos inconvenientes, capaces de arredrar por sí solos al hombre menos celoso de su salud y de su vida, agregados á los innumerables reptiles ponzoñosos que ennegrecen la tierra, han dejado casi aislado á este rico Estado que se mira como la tumba de los que osan pisar su suelo.

Noticioso Don Juan Alvarez, en quien Guerrero tenia puesta su confianza, de la proximidad de las tropas del general Armijo, se preparó á disputarle el terreno paso á paso.

Rossi, hombre tan activo como pérfido, trabajaba en instruir sus soldados, pintos

en su mayor parte, en el manejo del fusil, y disfrutaba del aprecio y confianza de los surianos.

El aspecto que presentaba el ejército del Sur era, como es siempre, digno de fijar la atención del curioso observador, tanto por el color de sus soldados, cuanto por su organización militar y por el traje que llevan. Para que el lector pueda formarse una idea aproximada del golpe de vista que presentará la fuerza armada del Estado del Sur, bastará que le demos á conocer la fisonomía de sus habitantes.

La gente que habita el Sur, trae su origen de la mezcla de la raza india primitiva y de la negra introducida en aquel país por insinuación del P. las Casas que trataba de esta manera de eximir de toda servidumbre penosa á los indios: su color, generalmente hablando, es prieto, toscas sus facciones, y el cabello muy áspero: abundan los de cutis cetrino, y es muy considerable el número de *pintos*, llamados así porque en su rostro, lo mismo que en el resto del cuerpo, están pintados de manchas amarillas,

negras, rojas, azules, blancas y verdes, todas naturales, que les dan un aspecto raro y repugnante.

El *pinto*, cuyo color puede compararse al mosaico, no forma por esto raza diferente de la del resto del Sur; los variados matices que sobre su piel se marcan de una manera pronunciada, provienen de una enfermedad cutánea que se trasmite de padres á hijos, y cuyos efectos no ha encontrado la medicina medio de evitar.

Los surianos, como todos los hijos de país cálido y montuoso, son, si no de complexión muy robusta, sí ágiles y sueltos, agudos en el decir, pendencieros, de valor personal, excelentes ginetes, diestros en el lazo, nada ambiciosos, pero indolentes en sumo grado, sin duda por efecto del clima y de la abundancia con que su fértil suelo les brinda todas las producciones que sobran á satisfacer sus limitadas exigencias. Libres por la ardiente temperatura, de la necesidad de construir sólidas casas, viven, exceptuando la gente principal que habita en buenos pueblos, en *cuadrilla*; esto es,

reunidos en un lugar en que levantan diez ó doce chozas donde se consideran tan felices como el mas potentado de la tierra.

El alimento de estos hombres, cuya sola exigencia es gozar de una independencia completa, se reduce á tasajo, *chile*, que es el nombre que dan al pimiento, ricas frutas en que abunda el país, *totopo* y *pinole*. El *totopo* no es otra cosa que la masa del maíz molido en una piedra llamada *metate*, masa que, aplastándola entre las manos hasta dejarla redonda y ancha, la tuestan en una especie de plato poroso de ordinario barro que llaman *comal*, y el *pinole* se reduce á maíz tostado, molido en polvo y mezclado con azúcar.

El traje que visten es sencillo. Llevan los hombres un ancho calzon blanco de tela de algodón sujeto á la cintura, por una faja; camisa de lo mismo, suelta, y que cae encima de los calzones á manera de blusa; sombrero de petate de inmensas alas, y sandalias sumamente ordinarias. El arma favorita, y á la cual acuden para resolver sus mas ligeras cuestiones, es el *machete*, sable an-

cho y toscó que jamas apartan de la cintura, que parece forma parte integrante de su sér, y que constantemente lo están afilando.

La organizacion de lo que se llama ejército del Sur, y que en nada se parece al resto del ejército mexicano, que está vestido con tanto lujo como el francés, es digna de ponerse en cuenta. Las tropas que están en esa provincia, han de ser formadas precisamente de hijos nacidos en ella. Sin dar servicio activo sino en Acapulco y dos ó tres poblaciones importantes del mismo Estado, para lo cual basta una fuerza insignificante, el resto se ocupa en los trabajos del campo, sin diferenciarse del resto de la poblacion, sino en el fusil que cada uno tiene en su casa. Esta tropa no recibe paga ninguna del gobierno en tiempo de paz; pero cuando hay guerra extranjera ó movimiento político, el jefe, que es hijo del país, convoca á los pueblos, y todos los soldados acuden inmediatamente con sus armas, pero con el mismo traje de paisano que usan en el campo, á defender la patria ó á sostener el partido que estiman conveniente.

Este era pues el ejército con que contaba Guerrero para rechazar al de Armijo, y que estaba preparado al combate. Frugal hasta el extremo, y después de haber recibido su ración de tasajo, *totopo* y *pinole*, los surianos ostentando en el sombrero una ancha cinta con este rótulo: "Soldados del Sur," esperaban alegres el instante de venirse á las manos con los enemigos.

La división de Armijo se detuvo un día en Cuernavaca, ciudad hermosa y pintoresca, situada á quince leguas de México, en un terreno feraz y agradable, que disfruta de una temperatura templada y apacible, como que es la puerta entre la tierra fría y la caliente. Miguel, acompañado de Pablo, recorrió aquel pueblo, capital, en tiempo de la conquista, de un país habitado por los *Tlanitas*, y hoy uno de los mas comerciales y ricos que se conocen en *tierra caliente*, por sus numerosas fábricas de aguardiente de caña que exporta por todos los puntos de la república, recorrió, repito, con una avidez inaudita las calles y las plazas, con el solo objeto de ver si era allí donde residia

la esposa de Fernando. Pero nada consiguió, ni nadie tampoco supo darle razón de ella.

—Sin duda vive en alguno de los pueblecillos que se encuentran en el corazón del Sur—dijo viendo que habian sido inútiles sus pesquisas.—En alguna solitaria hacienda, abrumada de tristeza y de dolor, sin otro trato que el de los pintos que no comprenderán sus lágrimas.

—¿Pues no le dije á su merced, señor amo—contestó Pablo—que el nombre del pueblo en que dijeron vivia, no era Cuernavaca?

—Pero podia haberse mudado, á ser cierta la muerte de Fernando.

—Eso es verdad.

—Pero no ha muerto su esposo; me lo dice el corazón; en la noticia que ha corrido, debe existir un error, tengo presentimiento de ello.

—Si yo fuera que su merced, ya hubiera hecho otra cosa, porque la verdad es lástima que sufra su merced *ansina*.

—¿Qué hubieras hecho?

—¿No se enojará su merced?

—No.

—Pues la verdad;—dijo Pablo retardando las palabras—á mí.... ¿qué quiere que le diga su merced....? me cuadra mas la señorita María que la señorita Luisa....

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tiene.... que si yo fuera como su merced.... *quedria* á la señorita María.

—Pero para eso—dijo Miguel procurando manifestar indiferencia—seria preciso primero, que ella me quisiese.

—¿Que si le quiere!.... ¡Toma si le quiere á su merced.... y *retemucho!*

—¿Cómo lo sabes?

—Yo soy *picolargo* (1), señor amo, y he *devisado* lo que pasa en su corazon. Cuando está su merced en su casa, se pone alegre como una *sonaja*, y cuando sale su merced, se queda con una cara de dolorosa, que ni la de la Virgen de la Soledad es mas triste.

(1) Listo, vivo, que huele de lejos.

Miguel sintió una sensacion indefinible y tierna al escuchar que era amado de María. Trajo á la memoria los bellos trozos del diario de su prima, y sintió descender á su corazon una ternura que no habia disfrutado desde que la suerte le robó la mano de su adorada Luisa.

—Ilusion tuya todo, y nada mas.

—¿*Alusion?* no lo crea su merced: es lo *mero verídico*.

—Pero ¿en qué te fundas?

—En una *máquina* de cosas. Apostaria *cualquiera* cosa á que *adevino* lo que está haciendo *horitita mesmo*.

—Vamos á ver: ¿en qué te figuras que está ocupada?

—En ver y *relever* el retrato de su merced, con la *achaquia* de *chisparle* el polvo.

—¿Le has visto alguna vez tú entretenerse en eso?

Preguntó Miguel, interesado cada vez mas en hablar de su cariñosa prima.

—¿Que si *quieres!*.... pero *retemuchas*.

—¿De veras?

—Por mas señas que la última ocasion

que entré al gabinete de su merced para limpiar la espada, la sorprendí *retomando* el retrato, y se puso, mala es la *comparanza*, mas colorada que el pompon de mi *chaocó*.

—Te parecería: pero aun cuando así fuera, para amar á María seria preciso olvidar á Luisa, y eso es imposible.

—Todo está sujeto al hombre como el hombre sea sujeto, señor amo. Me acuerdo de un versito de *amor y contra ella*, que lo mandó hacer mi compadre, que decia....

—Sí, sí, ya me has dicho otras veces ese verso de *amor y contra ella*.

—¿Y cree su merced que es tan difícil ponerlo en *práctica*?

—Verémos, dijo dominado de nuevo por la idea de Luisa que volvió á ocupar por completo su corazon—verémos mas tarde; por ahora marchemos á disponernos para emprender la marcha, pues ya está próxima la hora de partir.

Y Miguel y Pablo se dirijieron adonde se encontraba el resto de la division.

Pero mientras ésta se dirige llena de entusiasmo al centro del Sur en busca del

enemigo, véamos lo que pasaba en el campamento suriano.

Dos oficiales sin mas insignias militares que la espada y las presillas que sobre los hombros, uno de su frac y otro de su levita de paisano ostentaban, paseábanse, animados al parecer en una interesante conversacion, por los puntos avanzados del campamento.

—El gobierno de Bustamante, dijo uno de ellos, es el gobierno de los déspotas: su marcha es en todo contraria á los deseos manifestados en todo tiempo por la nacion, y ésta en masa secundará los esfuerzos del Sur, tan luego como alcancemos la primera victoria sobre Armijo.

—Soy de la misma opinion de vd., Rossi. El país que ha hecho sacrificios indecibles por respirar el aura de libertad, no puede renunciar á los sagrados derechos de hombre, para nivelarse con los seres irracionales, hechos para soportar resignados el capricho y el despotismo de sus amos.

—¿Cuán feliz fuera esta nacion si todos estuvieran dotados del claro talento y del

recto juicio que vd., D. Fernando! En las reuniones que tuvimos en las logias de York, en el pronunciamiento de la Acordada, en la campaña contra Barradas, y aquí ahora, siempre le he encontrado á vd. recto, patriota y liberal.

—Obro como obrar debe todo hombre honrado, y nada mas, Rossi.

Fernando disimuló el disgusto que le causaba escuchar todo aquello que tenia relacion con su familia. Rossi, ignorando el mal efecto que causaban sus palabras, continuó:

—Pero ¿queda tranquila Luisa, que es, segun tengo entendido, la mujer mas tímida, cuando le ve correr á vd. al peligro?

—Creo que sí—contestó Fernando secamente; y queriendo evitar toda conversacion sobre aquel asunto, añadió:—Mucho me han dicho que aprecia á vd. el general Guerrero, señor Rossi.

—Me distingue sin que yo sea acreedor á ello. Pero volviendo á vuestra mujer.—Fernando hizo un gesto desagradable que no advirtió Rossi.—¿Sabe vd. que recibiria

buen susto cuando corrió la voz de que habian matado á vd. en un encuentro?

—Ya vd. ve....

—Como que todos lo llevamos.

—Gracias. Dió la casualidad de tener otro comandante que murió en la primera escaramuza, el mismo nombre que yo, y esa fué la causa de que mis amigos me juzgasen muerto.

—Son malas equivocaciones esas para la familia. Estoy seguro de que Luisa habrá sufrido las sensaciones mas terribles de su vida, tanto de terror al creer á vd. muerto, como de placer al mirarle á vd. vivo. Pero dígame vd., ¿está mala?

—¿Por qué lo dice vd?

—Porque me han asegurado que desde que está en este pueblo no ha salido ni un solo dia de casa.

—¿Y quién dice eso?

Exclamó con acento áspero Fernando.

—Los vecinos que le vieron entrar muy encubierta en su rebozo la noche que vinieron vdes. de Chapala.

—Siempre se mezclan las gentes en lo que no les importa.

—Por lo que veo, parece que le disgusta á vd. que se hable de Luisa. Eso me hace creer que se ha vuelto vd. zeloso, y en ese caso no volveré á tratar del asunto.

—No, Rossi, no son zelos; pero....

Y Fernando se detuvo.

—Entonces quiere decir que está mala.

—Sí.

Contestó Fernando, sin saber qué decir.

—¿Y qué tiene?

—Hombre.... nadie lo sabe.... es una enfermedad rara.... cierta tristeza....

—¿Y le ha traído vd. á *tierra caliente*, á este país en donde no hay teatros, ni diversiones, ni sociedad para distraerse?

—¿Qué quiere vd!....—dijo Fernando algo confundido con la justa observacion de Rossi—me habian aconsejado los médicos.... Pero ya verémos lo que resuelvo así que termine esta campaña.

—Entonces, pronto espero tener el gusto de verla en México, adonde le aconsejo la lleve vd. si quiere vd. que desaparezca su

melancolía. Quien en la capital de esta República no adquiere el buen humor, no lo recobra en ninguna parte del mundo.

—Ya lo verémos. Pero entretenidos con la conversacion, nos hemos alejado mas de lo regular de nuestro campo.

—No hay cuidado: aquí hasta las piedras tenemos por amigos.

—Lo sé; pero como estamos esperando salir al encuentro de nuestros contrarios de un momento á otro, bueno será que nos acerquemos á saber lo que ha dispuesto nuestro jefe D. Juan Alvarez.

Y Rossi y Fernando se acercaron al sitio en que estaban sus compañeros de armas, en el momento en que á toda prisa se formaban para ponerse en marcha, noticiosos, por los espías, de la proximidad del enemigo que avanzaba confiado y sin las precauciones que la aspereza, montañas, barrancos y bosques del país lo exigen en toda marcha militar.

Efectivamente, Armijo marchaba al encuentro de los surianos con la seguridad de un seguro triunfo.

—Mi general—le dijo Miguel en voz baja acercándose á él cuanto le fué posible—he oído decir que el enemigo está cerca, mandado por Don Juan Alvarez.

—Tengo las mismas noticias que vd., D. Miguel, y trato de sorprenderle.

Al acabar estas palabras, se oyeron los primeros tiros de la guerrilla que iba de descubierta.

El ejército hizo alto: dió Armijo las órdenes necesarias, y poco despues, la acción llamada de Texca por haberse dado en aquellos terrenos, y comenzada por una insignificante fuerza, se hizo general y sangrienta.

Las fuerzas del Sur, eran superiores en número, pero inferiores en instruccion. Rossi, que en donde quiera que el peligro era mayor allí se encontraba, infundia en sus soldados el bélico ardor de que estaba animado, y los surianos, arrojando terribles alaridos, acometian á sus contrarios por todas partes.

Armijo conoció lo comprometido de su

posicion, y envió á contener por el lado que los enemigos se llevaban la mejor parte, al intrépido Miguel que hizo prodigios de valor; pero ¿de qué servian sus esfuerzos, si á la vez que sus soldados disminuian, se aumentaba el número de contrarios, que, conociendo su ventaja, trataban de vencer á todo trance?

Rodeado Armijo de enemigos por todas partes, ordenó la retirada; pero ya era tarde aun para esto: Alvarez habia dispuesto de tal manera el ataque, que no quedaba otro recurso á la fuerza del gobierno y á la célebre columna de granaderos, que era entonces batallon número 1, que rendirse ó morir. Esto último resolvió Armijo, y perdió la vida á manos de los soldados de Alvarez. Miguel, luchando como un desesperado, logró romper el círculo de bayonetas que le cercaba, y seguido de algunos soldados, empezó su retirada, perseguido por Rossi y por Fernando que trataban de acabar con él.

Miguel, perdido el rumbo, tomó el primer camino que se le presentó á sus ojos, y en

vez de dirigirse hácia México, se fué internando mas y mas en el país enemigo, perseguido siempre muy de cerca.

—Ya es nuestro—exclamó Rossi.—Precisamente va al pueblo del cual hace un instante salimos.

Y apretó el paso cuanto pudo para dar alcance á su tenaz contrario.

Miguel, cansado y sin fuerzas ya para huir, hizo alto en una calle para tener el gusto de morir matando. Pablo, el fiel indio, resuelto á perecer con él, combatia á su lado, con un denuedo que excedia á todo elogio.

—Pablo, huye, no mueras por defenderme.

Le dijo Miguel al fiel indio, que en aquel momento acababa de dejar tendido á sus piés á un pinto.

—¡Yo dejar á su merced que me salvó la vida!.... ¡Nunca!

En aquel momento se presentaron nuevas fuerzas de pintos que, disparando una descarga, barrió con los diez hombres que acompañaban á Miguel.

Al verse este, sin mas compañía que la del indio Pablo, trató de arrojarle sobre sus perseguidores para morir mas pronto. En tal conflicto, la puerta de una casa, junto á la cual se hallaban defendiéndose heroicamente, se abrió, dejando ver á una mujer que les gritó afligida.

—Entre vd., D. Miguel.... entre vd., por Dios....

—¡Juana!....

Exclamó Miguel entrando con Pablo.

La puerta volvió á cerrarse.

—¡Arrojemos la puerta....!

Gritaron los pintos al ver escapárseles de las manos la víctima que anhelaban.

Fernando, que habia visto abrir la puerta á Juana, rugió como un león.

—¡Dejadme, compañeros!—exclamó el marido de Lusa, abriéndose paso por entre los que rodeaban la casa—el hombre que ha entrado ahí, estará en vuestro poder dentro de un instante.

Y al decir estalló á la puerta.

Juana se asomó á la ventana á reconocer al que llamaba.

Rossi saboreó la idea de su venganza.

Los pintos alzaron mil gritos de alegría.

Fernando oyó descorrer el cerrojo de la puerta donde iba á encontrar á su rival.

## CAPITULO XI.

Un plan.

Sabido el triunfo de Alvarez sobre Armijo, Barbosa, coronel á las órdenes del gobierno, abandonó Acapulco, en cuya ciudad entró inmediatamente Guerrero, siendo recibido con las mayores pruebas de estimacion. Pero á pesar de este hecho de armas, la revolucion no fué fecunda en resultados.

La marcha firme y acertada del gobierno, y el ascendiente en los Estados del primer ministro D. Lucas Alaman, cuya opinion superaba entonces á la de todos sus rivales, influyeron en que á fines del año 30, la administracion de Bustamante se encontrara triunfante de sus enemigos, y que los puertos del seno mexicano se vieran cubiertos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO